Introducción:
La naturaleza verdadera

La naturaleza verdadera, la naturaleza fundamental de lo que somos –y de todas las cosas–, es lo más importante cuando se trata de la transformación espiritual; constituye el elemento más importante para la liberación. Cuanto más la entendemos, más cuenta nos damos de que no es simplemente el factor más importante; de hecho, es el *único* elemento, porque es inherente a todos los demás elementos que son necesarios a lo largo del camino. La naturaleza verdadera, cuando la comprendemos experiencialmente y de manera suficiente, constituye cada cosa singular –cada suceso, cada lugar, y todas las cosas–. Y todas las cosas no tienen por qué ser sublimes; pueden ser ordinarias, y aun así ser la naturaleza verdadera.

Ahora bien, parece que para poder aceptar esta simplicidad y vivir una vida normal con este tipo de libertad, a menudo tenemos que emprender un viaje espiritual. Tenemos que recorrer sus diversas etapas, muertes y renacimientos, descubrimientos y despertares, pequeñas y grandes iluminaciones. Tenemos que experimentar todas las sutilezas y misterios de la realidad.

La corriente de enseñanza a partir de la cual se escribe este libro, el Enfoque Diamante, contiene tanto este tipo de concepción jerárquica del viaje espiritual, con etapas progresivas de experiencia y realización, como una concepción no jerárquica de la realidad, que expresa la singularidad de la verdadera naturaleza. La concepción progresiva, utilizada por muchas enseñanzas y a veces entendida como un viaje de ascenso y descenso, abarca experiencias y comprensiones que son fundamentales para el despertar. Pero, en algún momento, independientemente del sendero que sigamos, podemos comenzar a reconocer que la realidad es algo más, que los secretos del universo no pueden encerrarse en ninguna concepción, no importa lo coherente y amplia que sea.

Una de las maneras en que he caracterizado los diferentes modos de esta enseñanza es tomando prestada una metáfora del budismo Vajrayana. Esta tradición habla de las diferentes fases de su enseñanza como de otros tantos giros de la rueda de la verdad. Cada giro de la rueda significa una etapa particular de su enseñanza y cada giro constituye una enseñanza completa en sí misma. El Dharmachakra, o rueda de la verdad, en esa tradición gira tres veces. Encuentro que la metáfora es útil, aunque no haya una correspondencia completa entre los contenidos de los giros de esa enseñanza y los del Enfoque Diamante.

Al resumir los múltiples desarrollos de la enseñanza del Enfoque Diamante podemos reconocer, en su estado actual, cuatro grandes movimientos a través de los cuales expresa la

realidad. Cada uno de ellos puede considerarse un giro completo de la rueda de la enseñanza. El primer giro implica la realización y el desarrollo de lo que denomino conciencia individual, que a veces se equipara con la noción occidental del alma. El alma descubre su verdadera naturaleza y comienza a vivir una vida impregnada de las cualidades del ser verdadero. A medida que la experiencia que la conciencia individual tiene de la verdadera naturaleza se intensifica, se percata, en el segundo giro de la rueda, de la naturaleza ilimitada del ser. Lo que pasa a primer término es la experiencia de unidad, unicidad y no dualidad de la realidad. Desde el comienzo del Enfoque Diamante, hemos estado trabajando fundamentalmente con estos dos giros de la enseñanza. Realizar la verdadera naturaleza como nuestra identidad, despertar a la unidad de la existencia y aprender a integrar esas experiencias en nuestra vida diaria constituye, desde hace mucho tiempo, el grueso de nuestro trabajo interno.

El segundo giro de la enseñanza culmina en la transformación de la conciencia individual en un cuerpo interno de la conciencia, indestructible, que puede expresar y vivir la realización no dual. El cuerpo interior de la conciencia pura, de la pureza de la verdadera naturaleza, se convierte en el fulcro del tercer giro.

El tercer giro y el cuarto giro de la rueda se relacionan con este fulcro, que proclama posibilidades más allá de la unidad no dual de la realidad. Las etapas o grados progresivos de la realización, que caracterizan a los dos primeros giros, dan paso

a tipos totalmente diferentes de realización. Así como el primer giro comienza con la conciencia individual y pasa, en el segundo giro, a las dimensiones no duales de la realidad, el tercer giro comienza con el cuerpo *vajra* en lugar de con la conciencia individual y pasa, en el cuarto giro, a una realidad que no es ni dual ni no dual. Experimentar la realidad de este modo radicalmente diferente revela profundas posibilidades nuevas para vivir nuestra realización.

Pero, independientemente de dónde estemos en los giros de la enseñanza y al margen de lo que esté ocurriendo, es siempre la realidad una y única la que está revelándose a sí misma. Esta es la simplicidad que se desvela en el cuarto giro de la enseñanza. A menudo perdemos esta simplicidad radical a causa de todos los tipos de impedimentos psicológicos y fenomenológicos. La mayoría de nosotros tiene que pasar por todo tipo de experiencias espirituales –aperturas e intuiciones, procesos y desarrollos, comprensiones y despertares– antes de poder comenzar a discernir esta simplicidad, que pone en cuestión la noción de una jerarquía de la realización. En lugar de grados de progreso y metas últimas, el cuarto giro descubre la sabiduría de la no jerarquía y la pura simplicidad de la realidad expresándose a sí misma como ella quiera.

Y el camino hacia esta simplicidad es reconocer la centralidad y la significación de la verdadera naturaleza. La reconozcamos como presencia, conciencia o vacuidad, la verdadera naturaleza es crucial para el proceso de despertar, realización, iluminación y liberación. Es la fuente de todas las experien-

cias, las comprensiones y las transformaciones espirituales. No hay otra fuente; nada puede ocurrir sin ella. Todas nuestras distintas experiencias no son sino la verdadera naturaleza manifestándose de un modo o de otro. Esta es una de las sabidurías más importantes que surge en el tercer y cuarto giro de la rueda.

Hemos estado trabajando implícitamente con esta sabiduría todo el tiempo –como el desarrollo de la presencia, las cualidades y las dimensiones de la verdadera naturaleza en nuestra experiencia–. Pero, en este libro, no vamos a centrarnos específicamente en ninguna de estas experiencias, porque, desde esta perspectiva, el contenido de la experiencia realmente no interesa. La verdadera naturaleza es la verdadera naturaleza, la experimentemos como fuerza, amor, claridad, conciencia gozosa, conciencia pura, absoluta vacuidad o algo muy distinto. No importa cómo aparezca, es siempre la misma naturaleza. Nuestra mente y las circunstancias determinan la forma que adopta, el color y el sabor que manifiesta en un día determinado, pero es siempre la misma verdad; no hay muchas verdaderas naturalezas. Reconocer esto requiere una gran madurez y realización y, de hecho, muchos tipos de iluminación. Solo entonces se nos muestra que la verdadera naturaleza es el Alpha y Omega de la búsqueda espiritual. Constituye el elemento central en el comienzo, el elemento central en el medio y el elemento central al final, que es un final interminable. Y el cuarto giro nos revela que no hay comienzo ni medio ni final de la búsqueda espiritual.

Todas las verdades sutiles, misteriosas y luminosas que aprendemos a lo largo del camino son no solo necesarias para poder vivir en la condición de libertad en la que todo es realidad, sino que son expresiones de la realidad. No son simplemente indicadores en el camino hacia otra cosa; cada una es expresión plena de la realidad. Recientemente estuve leyendo la narración que alguien hacía de su iluminación y su transformación, una descripción llena de experiencias e intuiciones, y vi que lo más importante –en todo lo que sucedió, en todo lo que sucede y en todo lo que sucederá– es la verdad y la presencia del elemento puramente espiritual. Eso es el elixir de la iluminación; eso es lo que transforma y revela todas las cosas.

Cuando este elixir –un agente transformador lleno de presencia–, aparece como la naturaleza de todas las cosas, lo llamamos verdadera naturaleza. Podemos experimentar la naturaleza verdadera como luz, como iluminación, como amor, como vacuidad, como conciencia, como verdad. De hecho, no hay un solo modo de experimentar la naturaleza verdadera, y este es uno de los secretos que se revela en el cuarto giro de la enseñanza. No hay una experiencia final ni definitiva de la naturaleza verdadera.

Cuando la naturaleza verdadera tiene no solo fuerza, poder, energía y presencia, sino que contiene también comprensión y cognición iluminada, entonces alcanza una cualidad diamantina, experimentada como objetividad, claridad y precisión. Esto es lo que llamo la piedra de los filósofos, el *lapis philosopho-*

rum de los alquimistas. Ellos pensaban que quien hallase la piedra filosofal sería capaz de desvelar todos los secretos de la existencia. La piedra tiene todas las cualidades y facultades necesarias para iluminar y discriminar la realidad, para distinguir lo que es falso y lo que es verdadero.

Me centro en la naturaleza verdadera como piedra de los filósofos porque, desde la perspectiva del cuarto giro de la rueda, lo que es relevante o dominante no es la transformación, la liberación y la iluminación de la conciencia individual, que habitualmente se considera la función del elixir. Más bien, el cuarto giro destaca el reconocimiento de la piedra filosofal como la llave para todos los secretos de la existencia. Y ese es el interés del cuarto giro de la rueda: que los secretos de la realidad y de la vida se vuelven disponibles y accesibles.

La piedra filosofal o de los filósofos, se refiere a la naturaleza verdadera en general, sea cual sea el modo en que se exprese. Cuando se expresa en forma diamantina, se reconoce más claramente como la llave que abre todos los secretos de la realidad. Ahora bien, cualquiera de los modos en que se manifiesta la naturaleza verdadera es iluminación. Hay también una verdad más profunda acerca de por qué no limito la piedra de los filósofos a ninguna de las formas o concepciones de la verdadera naturaleza, una verdad más profunda que conecta todas sus formas y experiencias, sean estas diamantinas, líquidas, gaseosas, vacías, espaciosas o completamente amorfas. Más tarde exploraremos esta verdad a medida que avancemos.

Lo que es importante que comprendamos aquí –podemos entenderlo en cualquiera de los giros, pero se vuelve más obvio en los giros tercero y cuarto– es que sin la piedra de los filósofos, sin este algo milagroso y mágico, que es difícil reducir a una sola palabra, no hay iluminación posible. Sin ella, la transformación de la conciencia humana no es posible. Sin ella continuaríamos viviendo como animales semiconscientes, como brutos, como tarugos de conciencia.

La conciencia humana, si la consideramos en sentido convencional, carece de dos verdades en las que pienso como las verdades gemelas de la piedra de los filósofos. En primer lugar, la naturaleza verdadera es intrínsecamente incorruptible. La piedra de los filósofos no puede corromperse; no puede destruirse; no puede distorsionarse. Mantiene su pureza independientemente de cuál sea nuestra experiencia y de lo que ocurra. Cuando la descubrimos, la reconocemos como una pureza que es totalmente inmaculada. La segunda verdad de la naturaleza verdadera es su poder iluminador y liberador. Es el poder de aclaración, el poder de liberación, el poder de iluminación, el poder de discriminación e inteligencia, el poder de revelación creativa, el poder de la conciencia y del darse cuenta.

Sin la piedra filosofal, los seres humanos no tienen la posibilidad de penetrar y comprender las ilusiones y las estructuras que forman nuestra experiencia convencional. No tenemos la inteligencia. No tenemos el corazón. No tenemos la voluntad. Desde el punto de vista convencional, cuando nos

embarcamos en el camino espiritual, estamos tan enredados y confusos –con tantos asuntos pendientes, tantas ilusiones y espejismos que se entrelazan y superponen– que se requiere una luz milagrosa e iluminadora para discernir, penetrar y revelar todos esos oscurecimientos. Los seres humanos, en la experiencia ordinaria, simplemente no tienen el tipo de inteligencia que puede descifrar los espejismos de nuestra vida cotidiana, ni el tipo de capacidad que puede transformar nuestra conciencia.

De modo que si no fuera por este mágico poder iluminador de la verdadera naturaleza, la situación sería básicamente estática y desesperanzada. Viviríamos eternamente en la perspectiva convencional, que no es ni buena ni mala, tan solo limitada. Para que se produzca una auténtica transformación, para que nuestra conciencia se libere, para lograr la realización y la iluminación, para abrirnos a todas las posibilidades de la realidad –lo que significa que podemos comenzar a explorar la realidad, descubrir sus secretos y vivir y expresarlos– definitivamente necesitamos la ayuda de la naturaleza verdadera.

Cuando tienen lugar experiencias de despertar, la mayoría de nosotros cree que suceden a causa de nuestras prácticas y de lo que hacemos, de nuestra inteligencia y comprensión, de nuestra sinceridad y diligencia. Aunque hay cierta verdad en esta visión, la sombra de la arrogancia persiste en ella. Esto se llama «el rabo del diablo»; puede que la cabeza haya desaparecido, pero el rabo todavía se arrastra. Desde la perspectiva del cuarto giro, nosotros no hacemos nada de eso, ni podemos ha-

cer nada, no porque seamos un fracaso, sino porque la realidad, sencillamente, no está diseñada de ese modo. La realidad no está diseñada para que los seres humanos individuales se liberen a sí mismos. La realidad está diseñada para que la naturaleza verdadera se manifieste del modo que los seres humanos denominan liberación. Parte del secreto de la piedra filosofal es que se revela a sí misma liberándose de las cadenas que siente a través de lo que el ser humano esté experimentando y creyendo ser. Podría decirse: «Es mi naturaleza, mi luz, mi inteligencia». Pero la situación es engañosa: ¿es tuya o tú eres suyo?

Cuando nos experimentamos a nosotros mismos como la naturaleza verdadera, nos damos cuenta de que un ser humano es realmente el laboratorio alquímico. El ser humano, la conciencia humana, el cuerpo humano, es el laboratorio en el que la alquimia se produce, allí donde la piedra filosofal realiza su obra. La conciencia humana, la mente humana, el corazón humano son los instrumentos a través de los cuales el mago trabaja. Es cierto, pues, que nuestra mente funciona, nuestro corazón funciona y nuestro cuerpo funciona, pero funcionan simplemente como canales. Cuanto más los reconocemos como instrumentos y canales, más fluye el elixir a través de las venas de la conciencia humana revelando la luz que se ilumina a sí misma al iluminar los obstáculos que halla en su camino. Y, al iluminarse a sí misma, esta luz –que es nuestra naturaleza, que es lo que somos– ilumina todo aquello con lo que entra en contacto.

Así pues, exploraremos en detalle cuál es el primer motor, quién es el iluminador y qué o quién es responsable de nuestra realización. ¿Qué o quién es responsable del surgimiento de la claridad, la comprensión y la experiencia espiritual? Cada vez que tenemos una experiencia espiritual no es sino la piedra filosofal apareciendo en una forma u otra; no es más que la naturaleza verdadera manifestándose a sí misma. La piedra filosofal o la naturaleza verdadera es espíritu puro, pero veremos, a medida que avancemos, que el espíritu es también todas las cosas; es cada cosa y todas las cosas; es cada cosa singular entre todas las demás cosas singulares, y es todas las cosas como la unidad de la suma de todas las cosas singulares. Y es también cada cosa singular en tanto todas las cosas. Esto se pone muy interesante, y es parte de lo que quiero decir cuando hablo de los secretos de la existencia. Además de ser fascinante, hermosa y magnífica, la luz autoiluminadora es útil. La iluminación no es solo iluminadora, es también compasiva, amorosa, tierna y cuidadosa; es contagiosa e infecciosa. Cuanto más iluminados estamos, más queremos que también otros lo experimenten. No podemos evitar ser generosos y dar, porque el otro y yo somos uno, y la naturaleza del yo y la naturaleza del otro es una; es la naturaleza verdadera dándose ella misma a sí misma.

Dado que al comienzo del trabajo interno nuestra comprensión es limitada, necesitamos muchas manifestaciones distintas de la verdadera naturaleza para comprender de manera precisa la complejidad de nuestras inclinaciones, asuntos, oscure-

cimientos e ilusiones. Ahora bien, en este libro hago que colapsen todas las nociones espirituales –la naturaleza búdica, el Tao, Dios Padre, Cristo, Alá, la verdad– en la comprensión de la piedra filosofal, porque no puede haber muchas naturalezas verdaderas; de otro modo, estarían compitiendo. Solo podemos conocer este tipo de unidad en nuestra experiencia directa.

A pesar de que la naturaleza verdadera se diferencia a sí misma y se manifiesta de múltiples modos, en múltiples formas, cualidades y dimensiones, siempre es una.

Aunque no es un objeto, sentimos la tentación de objetivar la piedra filosofal. En mi experiencia, mientras la sintamos y estemos en contacto con ella, mientras estemos dedicados a ella y la respetemos, no importa lo que la mente haga con sus ilusiones. La piedra pondrá de manifiesto y hará saltar en pedazos todas nuestras ilusiones. La mente humana no puede ser lo suficientemente precisa, el corazón humano no puede ser lo suficientemente valiente, el vientre humano no puede perseverar lo suficiente. Es la naturaleza verdadera la que hace todo eso. Es la verdadera guía, el verdadero yo, y el no yo; es la iluminación, la no conceptualidad y la libertad. Cuanto más reconozcamos esta verdad y más nos dediquemos a ella, más la verdadera naturaleza impactará en nosotros y nos transformará.

La naturaleza verdadera se revela como la naturaleza de todas las cosas –en diferentes niveles y de modos diferentes–. Después de un tiempo, incluso transforma el significado de la naturaleza de todas las cosas. La naturaleza de todas las cosas

no significa necesariamente que haya algo que tiene una naturaleza. Incluso la expresión «naturaleza verdadera» se vuelve problemática. ¿La naturaleza verdadera es la naturaleza de lo que yo soy o es yo? No es lo mismo. Decir «naturaleza verdadera» significa que es la verdadera naturaleza de algo. Significa que hay algo de lo cual la naturaleza verdadera constituye su naturaleza. ¿Es que tú eres una cosa y la naturaleza verdadera es algo distinto? ¿O tú eres la naturaleza verdadera? ¿Se trata de ambas cosas o de ninguna de ellas? ¿O existe otra posibilidad completamente distinta?

Jugaremos con las palabras y los significados de este modo, no como una forma de acrobacia mental, sino como un toque experiencial de la sabiduría del cuarto giro, la sabiduría que se halla más allá de la dicotomía entre dualidad y no dualidad. Esto puede resultar divertido para unos y confuso para otros; lo importante es que estemos abiertos y comprometidos en una exploración viva de la naturaleza verdadera, de nuestra experiencia y de nuestra vida. Esta enseñanza nos lleva a las entrañas de la realidad y revela la luz más sublime en medio de eso; no solo en el medio de eso, sino *en cuanto* a eso.